



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

La Revolución y Julián Blanco.

Epoca del Inmortal Caudillo D. Francisco I. Madero.

**El leal libertario i los grandes revolucionarios de
Guerrero. El Sr. Dr. Luis Rivas Iruz, activí-
simo revolucionario i autor de un gran
movimiento armado con tendencias a la
unificación.**

En el descrito lugar de clima semicálido, muy junto a la Sierra Madre del Sur, de cielo azul i de aire oxigenado, se deslizaba quieta la vida de don Julián Blanco i de su sencilla familia.

Era el año de 1910.

El gobernador don Damián Flores reinaba en Guerrero i, mediante trabajos forzados, decretados por una lei anticonstitucional, mediante fuertes empréstitos aprobados por el Congreso local de la época i mediante otros compromisos ilegales que echó sobre el abandonado Estado tan aborrecido por el dictador Díaz, construía el mal camino carretero de Chilpancingo a Iguala i principiaba otro para Acapulco. Ambos caminos eran indudablemente dos grandes filones de oro en explotación para los personajes más encumbrados de la época en Guerrero.

La famosa entrevista Creelman ya había producido una entusiasta i febril actividad política en el país, i don Francisco I. Madero llevaba después a feliz término sus trascendentales jiras. Habían quedado atrás las elecciones fraudulentas de los altos funcionarios de la República, así como la prisión del mismo señor Madero i del licenciado Roque Estrada en San Luis Potosí.

Seguramente que, dada la poca cultura de don Julián Blanco, éste no se había apercibido de los preliminares de la gran lucha intestina que hasta hoy conmueve a México, lucha vaticinada magistralmente por el exquisito estilista i autor de las Memorias de don Sebastián Lerdo de Tejada; pero inconcusamente residía en Dos Caminos, como queda dicho, cuando llegaron a sus oídos las otronadoras noticias del levantamiento en grado heroico de Aquiles Serdán, en Puebla, de acuerdo con el Plan de San Luis Potosí, i de haber estallado la Revolución en los más vastos Estados de la frontera del Norte de la República.

El Estado de Guerrero, hoy desprestigiado por causas todavía no estudiadas i que oportunamente serán conocidas, dados sus limpios i gloriosos antecedentes históricos, así como sus peculiarísimas tendencias libertarias, no podía permanecer indiferente al llamamiento que a la Nación entera hacía el perillito caudillo del Norte, don Francisco I. Madero, con la brillante pléyade de liberales que lo acompañaba, para derribar la caduca, estéril, funesta i ya insoportable dictadura del exgeneral Porfirio Díaz, i para cimentar sobre novísimas bases la sociedad nacional. I muy a pesar de la incomunicación del Estado, al estilo de la Nueva España con respecto a obras del libre pensamiento, el ideal revolucionario i fecundo voló i se difundió en alas de sencillas convicciones insólitas, el pueblo de Guerrero sintió principiar a respirar aires purísimos de libertad, acarició frenético sus latentes esperanzas de mejoramiento social i económico, se estremeció de entusiasmo bélico i, agrupándose en torno de cinco grandes figuras revolucionarias, o grandes *Meneurs* que diría algún tratadista de Sociología, que surgieron de su seno, secundó, desarrapado i casi inerme, el saludable movimiento armado contra el estancamiento i el obscurantismo, movimiento reivindicador de los sagrados fueros de la justicia, del honor, del progreso i de la prosperidad nacional.

Así fué como nuestro libertario Blanco, en el centro i en la Costa Grande del Estado; don Ambrosio, don Rómulo i don Francisco Figueroa, iniciadores del dignificador movimiento, en el Norte del mismo, i don Enrique Añorve, en la Costa Chica, pudieron secundar con éxito inmediato, a la cabeza de sus soldados, los ideales condensados en el Plan de San Luis Potosí, que en términos generales, son los mismos del pueblo guerrerense, consumidor de la Independencia Nacional e iniciador i sostenedor heroico del fecundo Plan de Ayutla.

Pero el promotor y unificador, al vuelo pudiera decirse

del movimiento armado, sobre terreno más firme, de los valerosos Figueroa, Blanco i Añorve, sobre todo, fué el ilustrado liberal Dr. D. Luis Rivas Iruz que utilizó hábil i patrióticamente sus viajes para crearse muchos amigos sinceros e independientes en todas partes desde 1898.

Este valioso revolucionario, que se sabe puso desde el principio de la lucha actual su inteligencia, su dinero i su corazón al servicio del pueblo irredento i de la Patria; que se hizo notable con el pseudónimo de *Filomeno Gris* por cuya cabeza ofreció la Dictadura \$100,000; que hizo labor patriótica en el extranjero i volar sus ideas en la prensa i en todas partes, fué quién bajo tal pseudónimo o el de *Filomón G. Ríos* emprendió activos trabajos de propaganda revolucionaria en los Estados de Oaxaca, México, Puebla, Michoacán i Guerrero enviando Plan Credencial, instrucciones de guerra, políticas i administrativas a sus siguientes amigos:

Estado de Guerrero

Jesús Basurto, Hda. de Pantla, Dist. de Montes de Oca.

Manuel Soberanis, San Luis San Pedro, Dist. de Galeana, que después estuvo al servicio de Silvestre G. Mariscal en tiempo de Huerta).

Canuto Reyes, Atoyac, Dist. de Galeana, (que murió hace poco en México).

Julián Blanco, Dos Caminos, Dist. de Bravos.

Liborio Reyna, Acapulco, Dist. de Tabares, (asesinado en este Puerto por sus enemigos políticos en 1914).

Tadeo Arredondo, San Marcos, Dist. de Tabares.

Enrique Añorve, Ometepec, Dist. de Abasolo, (muerto en Puebla).

Hermanos Figueroa, Buenavista de Cuéllar, Iguala, Dist. de Hgo.

Heladio Salgado, Teloloápam, Dist. de Aldama.

Melesio Albarrán, Coyuca de Catalán, Dist. de Mina.

Juan Zavaleta, Los Placeres, Dist. de Mina.

Estado de Oaxaca

Diego Baños, Pinotepa Nacional.

Graciano Galindo i Ayala, Jamiltepec.

Estado de Michoacán

Trinidad Mendoza, Aguililla.

Dr. Miguel Ramos, Coacmomán.

Tirso Castilla, Huatamo.

Estado de Puebla

Eduardo Benítez, Chietla.

Manuel González, Hueytlálpam.

Estado de México

Ramón Viguera, Juchitepec.

Alejandro San Vicénte, Ozumba.

Teófilo Robles, Otumba.

Los trabajos audaces; pero inteligentes del Dr. Rivas Iruz fructificaron a satisfacción para la causa, en su generalidad, i tratándose de Guerrero, la Revolución se hizo en la forma i términos que vamos narrándola, en los presentes apuntes.

Nuestro mal esbozado guerrillero, Julián Blanco, llegada esta nueva ocasión, no desmintió un solo ápice de sus sentados antecedentes i definidas tendencias. Tan pronto, pues, como hubo adquirido exactas i fidedignas informaciones acerca de los primeros i subsecuentes acontecimientos de Puebla i del Norte, se levantó en armas en Dos Caminos, sólo con sus hijos Teodoro, Bonifacio, Florentino i Marciano i algunos amigos, armándose, unos con malas carabinas Winchester calibre 44, i otros, con machetes o con puñales, pues las circunstancias por que atravezaba, no le permitieron hacerlo de otra manera. Se internó en la Sierra i ocupó las cuadrillas de Los Cajones, La Ladrillera i de las montañas de Mochitlán, i, poniendo en acción toda su genial astucia, así como su probado valor, en uno de dichos poblados, vestido de jornalero vulgar, se apoderó audazmente de las armas i caballos de un jefe federal i los de sus asistentes, a tiempo que éstos entraron, confiados, a una choza a tomar alimentos. Blanco i los suyos (distaniciados i ocultos, para el efecto), partieron luego con su botín, se perdieron de vista muy pronto en las sinuosidades del montañoso camino, que conocian perfectamente, i ya no fueron tocados por los disparos de los soldados federales, que andaban diseminados en el poblacho.

Gradual i sucesivamente, el libertario Blanco (que en sus luchas por la libertad siempre tuvo al lado a sus precitados hijos) fué apoderándose, por actos de verdadero valor, de las armas, municiones de guerra i caballos que necesitaba para entrar seriamente en campaña contra el mal Gobierno imperante.

Se rodeó entonces de hombres valientes i amantes de la libertad; fortificó con nuevos golpes de audacia, su anterior prestigio revolucionario, i, a la par que ramificaba el movi-

miento libertario, por medio de agentes confidenciales, en el centro del Estado, en una parte de la Costa Chica i en la Costa Grande, donde contó abiertamente con la cooperación de su compadre don Tomás Gómez i de su amigo don Manuel Villegas (después generales constitucionalistas asesinos en campaña), emprendió en su zona las operaciones militares contra el enemigo.

El primer triunfo i el primer perdón.

Por esta época, el Prefecto de Acapulco, don Alberto Jiménez, marchaba por el Camino Nacional, para Chilpancingo, con ochenta rurales, conduciendo un centenar de *reos* destinados a los trabajos forzados del camino carretero a Iguala. Esos *reos*, que ahuyaban en esa o parecida forma a Ciudad Bravos, de todos los puntos del Estado, eran sentenciados en dicha capital por un Tribunal especial, *ad hoc*, que se instituyó por la canalla gubernamental, con vastos fines financieros i siniestros que se comprenden fácilmente. Los jueces de 1ª Instancia del Estado habían quedado relevados de la obligación de dictar sentencias en materia criminal.

Blanco, con sus hijos i algunos soldados, puso emboscada a los rurales, en Los Cajones, los atacó, les quitó los *reos* i los hizo replegarse hasta Tierra Colorada, donde se encontraba Jiménez con su escolta.

Después de esta acción, Blanco avanzó con los suyos hasta las inmediaciones de la expresada Tierra Colorada; apostó convenientemente sus pocos hombres cerca del Camino Nacional, rumbo al Norte de la población; colocó mucha gente desarmada en el circunvecino lomerío, i, llegado el momento oportuno, atacó al prefecto i los rurales que emprendían nuevamente la marcha para Chilpancingo, los hizo retroceder a la población, con algunas bajas i, acto continuo, mediante agentes secretos, hizo circular en el poblado la noticia de que el Prefecto estaba completamente sitiado por los revolucionarios. Jiménez entró en arreglos con Blanco y, al fin, se rindió incondicionalmente, después de lo cual, el jefe revolucionario, no obstante de haber resultado fracturado de un brazo su hijo Florentino por una bala enemiga, en el combate que acababa de pasar, arrancó al Prefecto, así como al Sr. Licenciado Francisco Olea, de las garras de Néstor Adame i de otros, que querían fusilarlos y les dió una escolta de hombres valientes pa

ra que los resguardaran i los condujeran a Tixtla, tierra natal del primero.

En tan señalada acción de armas, el noble jefe don Julián Blanco se apoderó de más de ochenta armas con suficiente dotación de parque, cerca de ochenta caballos i, además, una carga de parque, botín de guerra que utilizó para marchar sobre Hueyicaltenango, distrito de Alvarez, i hacer la campaña de ese rumbo i la de Chilapa i de Tixtla, en las que salió adelante.

Los leales amigos i el peor enemigo del General.

Entre tanto, en Costa Chica se alzaban en armas: en el Distrito de Abasolo, Enrique i Pantaleón Añorve, i en los de Allende i Tabares, sus amigos i correligionarios Manuel Meza e Isidoro C. Mora, tomando los primeros a Ometepepec, donde murió valientemente el Prefecto i teniente coronel Manuel García, i los segundos, a Ayutla; i en la Costa Grande, Distrito de Galeana, don Tomás Gómez i don Manuel Villegas, empuñando, por convicción i acuerdo, la bandera de la Revolución, tomaban, al frente de sus bisoños soldados, a San Jerónimo, Técpam i San Luis, en tanto que los hermanos López (Alfredo, Leonel, Héctor i Homero,) de Coahuayutla, Distrito de Montes de Oca, tomaban, a su vez, a este pueblo i a La Unión, Zihuatanejo, Pantla, San Jeronimito i Petatlán, desafiando y pasando por sobre todo el poder dictatorial del viejo cacique porfirista, coronel Pioquinto Huato.

Al tener lugar los primeros sucesos revolucionarios en la Costa Grande, un incidente altamente deshonroso, para la causa del pueblo, aconteció en la población indígena de Atoyac de Alvarez, Distrito de Galeana, incidente que, en el curso de los acontecimientos, tomó mayores proporciones que la verdadera Revolución iniciada en la zona costanera, el cual fué la causa de monstruosos hechos i originó un serio i profundo disgusto en los jefes del movimiento libertario, Gómez i Villegas, que estaban de acuerdo con el señor don Julián Blanco.

Este incidente fatal, fué el levantamiento, en dicho pueblo sin acuerdo ni plan alguno conocido i aceptable, de un profesor de tercera clase, que en ninguna esfera de la vida pública había podido ser útil a la sociedad, i que educado deficientemente i dotado de fuertes pasiones, conserva personales renieblas añejas i odios implacables. El profesor Silvestre G. Mariscal, que es de quien se trata, principió, pues, su revuelta

bajo tales antecedentes y contra los principios de la Revolución i del honor, quebrando puertas i robando, escandalosamente, establecimientos mercantiles; asesinando comerciantes, agricultores i mujeres, i difundiendo el terror en su mismo pueblo natal (Atoyac,) en San Jerónimo, Técpam, San Luis i Petatlán, rodeándose, desde entonces, de la hez del pueblo i de todos los presidiarios i prófugos empedernidos de la comarca. (Hay que hacer notar que dicha línea de conducta seguida por el aludido semi-intelectual, en los actuales tiempos ha tomado mayor refinamiento de despotismo, deshonor i barbarie.)

Los jefes Gómez i Villegas, a pesar de su escasísima ilustración i poco trato social porque eran labradores i gañanes; desaprobaban en lo absoluto los actos del cabecilla Mariscal i de su ~~propio aislamiento i distanciaron~~ sus tropas de las del dicho cabecilla i, con estas determinaciones de vindicación preventiva para la causa que defendían, hicieron público su desacuerdo con tal línea de conducta, acarreándose así la enemistad permanente de los terroristas i del jefe de éstos, el cual les juró venganza, hasta asesinarlos más tarde en campaña como adelante se verá.

Desgraciadamente, el jefe principal de la Revolución en el Norte del Estado, don Ambrosio Figueroa, así como don Martín Vicario que era amigo del pseudo profesor, por la gran distancia i la consiguiente ignorancia del verdadero fondo de los acontecimientos del litoral, aprobaron de hecho el deshonesto movimiento del cabecilla de Atoyac, i esto vino a fortificar, inadvertidamente, los supradichos odios i a autorizar, en cierto modo, un mal precedente en la secuela de los sucesos de Costa Grande; odios i precedente que, de una manera fatal para la justicia de la causa i el buen nombre de Guerrero, repercutieron i se hicieron extensivos en sus malas consecuencias a la Costa Chica i al centro del Estado, causando, por último, los monstruosos i cobardes asesinatos acaecidos en Aca pulco en los primeros días de agosto de 1915.

El supradicho incidente constituye un hecho capital i público, i nos vemos obligados a narrarlo con toda la verdad histórica, porque de él surgieron funestas i constantes intrigas de ambiciosos politicastro de oficio que, por hábito, persiguen el miedo personal; porque de él han partido embrollos fatales para el Constitucionalismo, en Guerrero, i porque ha servido, además, a los falsos constitucionalistas, enemigos jurados de la Revolución, en aquella Entidad federativa, para es

grimir, en todas partes, el estribillo de que el jefe don Julián Blanco i los miembros más notables de la Junta Revolucionaria de la Costa Grande, que andando el tiempo se formó en Acapulco, perseguían, solamente, CUESTIONES PERSONALES O PARTICULARES. I aún hai más, este estribillo infame ha servido para levantar a individuos que, por sus crímenes o por las fatales consecuencias de sus intrigas, merecen todo el rigor de la justicia constitucionalista.

Dicho lo anterior que, como se verá al fin, afectó profundamente la vida militar i pública del jefe don Julián Blanco, que era naturalmente consecuente i bueno i que no era político ni tenía a su servicio i a su lado, intelectuales capacitados i resueltos para guiarlo felizmente al través del dédalo de la intriga i de la deslealtad, así como de las contiñas asechanzas de sus adversarios, que eran también los enemigos de la Revolución, lo cual fué un obstáculo insuperable para sacar adelante el Constitucionalismo en el Estado y poner, a la vez, a salvo el prestigio de éste; dicho lo anterior, decimos, sigamos el curso natural de los acontecimientos.

La ocupación de Chilpancingo i la toma de Iguala.

El jefe Julián Blanco dispuso marchar sobre Chilpancingo i, al efecto, llamó i reconcentró en Dos Caminos las tropas revolucionarias de Costa Chica, consistentes en más de doscientos hombres al mando de los jefes Manuel Meza e Isidoro C. Mora (aquél asesinado en Ayutla durante la Administración del licenciado José Inocente Lugo; Mora, en Ometepec, después de los asesinatos de 1915 en Acapulco); las de Costa Grande también de más de doscientos hombres, a las órdenes de don Tomás Gómez, don Manuel Villegas i don Miguel Serrano, i las del Centro, al mando de diversos jefes, entre los que se contaba el últimamente general Brigadier don Juan de la Luz Romero.

Presentes en Dos Caminos Meza i Mora, Gómez, Villegas i Serrano i los jefes del Centro, con todo su efectivo de combate, don Julián Blanco avanzó sobre la capital del Estado, con el contingente total de más de mil hombres, cuyo mando supremo llevaba, i, de acuerdo con otros jefes de Zumpango del Río i con Laureano Astudillo, de Tixtla, que contaba con medio militar de tixtlecos, atacó dicha capital, que estaba guarnecida i defendida por ochocientos soldados de línea al mando del exteniente coronel federal don Juan Robles Linares, quién, a diferencia de los revolucionarios, contaba, además, con más de doscientos mil cartuchos de refacción, artillería y ametralladoras.

Después de algunos días de sitio y de la fuga de los defensores de la plaza, que inesperadamente tomaron el rumbo de la Sierra, lugares por donde menos se creía que se aventuraran, el general Blanco ocupó la capital el 14 de mayo de 1911.

Esto aconteció casi al mismo tiempo que la toma de Iguala por los hermanos Figueroa i otros jetes revolucionarios. (Hay que hacer notar que la ciudad de Chilpancingo vive del exterior i que, por tanto, cortada la vía de Tixtla, la de México por Zumpango del Río i la de Acapulco por Petaquillas i la Hacienda de Mazatlán, en pocos días queda agotada de víveres.

La ocupación de Acapulco por el valiente General

— Enrique Añorve. —

Poco tiempo después de la ocupación de Chilpancingo el jefe Enrique Añorve, con las fuerzas revolucionarias de Costa Chica, de su mando, puso sitio a Acapulco, que también estaba defendido por tropas de línea, al mando del Comandante Militar, ex-córonel federal don Emilio Gallardo. Este sitio fué de corta duración, pues en virtud de los frecuentes asaltos i del arrojo de las tropas sitiadoras de Costa Chica, no menos que por tratarse de los Convenios de Ciudad Juárez, el puerto fué ocupado por Añorve i sus valientes, que en seguida se acuartelaron en diversos lugares de la población.

Don Julián Blanco, don Ambrosio Figueroa i don Martín Vicario marcharon para Acapulco i, llegados allí, conferenciaron con sus correligionarios Añorve i Centurión, sobre asuntos de la Revolución.

El cabecilla Silvestre G. Mariscal concurrió también al sitio de Acapulco, pero a gran distancia del puerto; mas ya en la plaza, sus soldados produjeron desde luego un serio conflicto con los de Añorve, al grado de haberse registrado un tiro-teo entre ambos en el centro de la ciudad, del que resultaron algunos muertos. Don Martín Vicario intervino personalmente, i, entre las balas, pudo conjurar el conflicto. El cabecilla Mariscal, en la siguiente noche, se separó repentinamente del puerto, con un séquito de paisanos desarmados que lo habían seguido, dispuestos, a caballo o a pie, para el saqueo.

El licenciamiento

En el país, en general, los acontecimientos se precipitaron por decirlo así. Celebráronse los fatales convenios de



GENERAL AMBROSIO FIGUEROA.
Nació en Huitzaco, Dto. de Hidalgo, Gro.
El más activo i uno de los principales
iniciadores del movimiento revolucionario
en Guerrero.
Murió asesinado en Iguala por los esbirros
del huertismo, en Junio de 1913.

ciudad Juárez, que, en el fondo, fueron los que, indudablemente, dieron lugar a la política de zapa de los enemigos seculares del progreso i del mejoramiento de las sociedades, o sea a la reacción del porfirismo, el cientificismo, el militarismo i el clericalismo, que al fin, con Victoriano Huerta a la cabeza, cometió tan monstruosos i horripilantes crímenes en la capital de la nación; se estableció, funcionó i terminó la Presidencia interina de la República, a cargo del conservador don Francisco León de la Barra; se verificaron las elecciones generales más libres, efectivas i espontáneas de que se tiene noticia en nuestra Historia, lo que demuestra las peculiares tendencias democráticas del pueblo mexicano, en general; se llevaron a cabo las elecciones más populares de Gobernadores de los Estados, i, por fin, el caudillo señor Madero tomó posesión de la Presidencia de la República, como resultado de la voluntad nacional.

Durante el interinato presidencial del señor De la Barra, se dictó la disposición del licenciamiento de las fuerzas liberadoras del país, i encontrándose en Acapulco Figueroa, Blanco i Vicario, fué designado éste último para licenciar las de Costa Grande, i Blanco para escoltarlo con cincuenta hombres, quedándose Figueroa i Añorve en el puerto.

Los comisionados partieron, i al llegar a Tecpam de Galeana se instalaron en dicha ciudad para cumplir con su misión, licenciando, desde luego, las fuerzas comandadas por los jefes Tomás Gómez, Manuel Villegas i Miguel Serrano, no así las del cabecilla Mariscal, que se negó a concurrir con las suyas a Tecpam. Los jefes Vicario i Blanco, arrostrandó la pre-disposición de las tropas de Mariscal, en Atoyac, se dirigieron entonces a dicho pueblo, donde por fin, fué licenciado el aludido cabecilla, quien entregó machetes, escopetas i carabinas viejas, no obstante de que había recogido en todo el litoral las armas de buena calidad del uso particular de los vecinos.

Don Martín Vicario i don Julián Blanco regresaron a Acapulco, dieron cuenta de su cometido i luego partieron para Chilpancingo con el general don Ambrosio Figueroa.

Más tarde, las fuerzas del general Enrique Añorve fueron licenciadas en la cabecera del Distrito de Abasco, Gro., por los comisionados Sres. Lic. Luis Velez Hernández, Rafael Jiménez Vega i Régulo González, excepto la compañía de Ometepec (200 hombres) que lo hizo después en Chilpancingo con el Gral. Añorve a la cabeza.

En cuanto al Gral. Blanco, no se le licenció i se le mantuvo con el caracter de Jefe insurgente en servicio activo. Después fué nombrado Comandante de fuerzas rurales, habiéndosele dado el mando del Cuerpo número 33 que más tarde fué el 25.

El nombramiento de Gobernador revolucionario i la elección de Gobierno Constitucional

Entre tanto, después de las tomas de Iguala, Chilpancingo i Acapulco i por acuerdo de los principales jefes revolucionarios del Estado, fué nombrado Gobernador provisional don Guerrero el patriota profesor i democrata convencido don Francisco Figueroa, nombramiento aprobado después por el señor Madero i ratificado más tarde por el Senado de la República.

Con enormes dificultades, el profesor Figueroa organizó su administración, suspendió, con aplauso de todo el Estado, las odiadas Prefecturas Políticas, iniciando la dignificación i robustecimiento del democrático régimen municipal, i, por último, convocó a elecciones al pueblo del Estado, estableciéndose, como resultado de ellas, el Gobierno constitucional, cuyo Poder Ejecutivo estuvo a cargo del señor licenciado José Inocente Lugo i cuyo Congreso fué integrado por elementos nuevos, sanos i en su casi totalidad revolucionarios.

Organización de las milicias del Estado

El Comandante Rural Julián Blanco

Desde la corta Administración del Gobernador Figueroa, los Generales Ambrosio i Rómulo del mismo apellido, con el Coronel Alatríste, organizaron por disposición superior las milicias irregulares del Estado, funcionando desde luego como Jefe de las Armas el primero; pero al marchar éste para Morelos i hacerse cargo del Poder Ejecutivo de ese rico Estado, lo substituyó el segundo en aquel importante cargo.

Para mayor facilidad de las operaciones militares, se dividió entonces el vasto Estado de Guerrero en dos grandes zonas, ríó de Mexcala de por medio poco más o menos, habiendo sido Jefe de la del Norte el Coronel Martín Vicario i de la del Sur, el Gral. Rómulo Figueroa, con Cuarteles Generales en



PROFESOR FRANCISCO FIGUEROA.

Literato, revolucionario i democrata convencido.

Hijo del Sur. (Huitzaco, Dto. de Hgo., Gro.)

Gobernador Provisional del Edo. de Guerrero al triunfo de la Revolución en aquella Entidad Federativa, en 1911. Teniendo esta investidura, suspendió las odiosas Prefecturas Políticas i esbozó prácticamente la dignificación del Municipio Libre.

Distiguaido luchador por la Causa Constituciona-
lista.

Iguala i Chilpancingo respectivamente. El Gral. Ambrosio Figueroa era a la vez el Inspector general de las milicias irregulares de ambos Estados.

Por esa época el Gral. Blanco fungía, como queda dicho, con el caracter de Comandante del 33 Cuerpo Rural.

Durante los Gobiernos de los CC. profesor Francisco Figueroa i licenciado José Inocente Lugo, don Julián Blanco, por disposición superior, siguió prestando sus servicios con sus principales subalternos: Juan de la Luz Romero (que asistió en esa época a la campaña de Morelos, con el grado de capitán), Tomás Gómez, Manuel Villegas i Miguel Serrano, que operaron en los Distritos guerrerenses de Alvarez, Morelos i Zaragoza, i otros jefes que operaron en diversas regiones de Guerrero, dependiendo directamente los Jefes mencionados de la Jefatura de Armas que se estableció en Chilpancingo i que, como dicho queda, estuvo a cargo del incorruptible revolucionario, general don Rómulo Figueroa.

Así fué como el jefe Blanco batió entonces incansablemente al zapatismo, acaudillado en la parte Norte, Noroeste i central del Estado, por los cabecillas Julio Gómez de Olinálá, Juan Pablo Cuchillo, de Zitlala; el *Tuerto Morales* i el tipo de la deslealtad, Jesús H. Salgado, de Teloloapan; en los rumbos de Chilapa, Copalillo, Carrizalillo (en que el jefe Blanco sufrió un revés), Mochitlán, Quechultenango i Chichihualco.

En un combate contra los zapatistas, cerca de Mochitlán, el jefe Blanco perdió al mejor de sus hijos, Teodoro, que era un valiente.

El jefe Enrique Añorve había muerto en la ciudad de Puebla.

Magnanimidad del General Blanco

Habiendo el revolucionario Néstor Adame perpetrado un crimen en Cuilpancingo, fué aprehendido i reducido a prisión, por las autoridades revolucionarias, en el Palacio Penal de la ciudad, de donde al fin logró fugarse para levantarse en armas, como lo hizo, desconociendo el Gobierno del Sr. Madero.

La rebeldía de Adame llegó a asumir serias proporciones.

Fué entonces cuando siendo Gobernador del Estado el licenciado José Inocente Lugo, el general Blanco, con ciento diez hombres i contando con un refuerzo que se le envió i que debía incorporársele, provisto de ametralladoras, fué designado por el Cuartel General de Chilpancingo, para hacer

la campaña de Costa Chica, que había sido ocupada en la región de Tecoaapa i otros puntos, por el prófugo Néstor Adame i por los antimaderistas Abraham García i Palemón Orozco. Blanco marchó a su destino i, sin esperar la incorporación del refuerzo, con su genial astucia i peculiar audacia, ordenó, desde paraje próximo, la introducción de un cargamento de mezcal a la plaza de Tecoaapa, del cual se apoderaron, con violencia, los rebeldes, para embriagarse con los novecientos hombres que comandaban. Advertido el jefe leal, por sus excelentes espías, de que había surtido buen efecto su hábil estratagema, circunvaló audazmente el pueblo i se lanzó con los suyos, al estilo general José María Morelos i Pavón, sobre Adame, García i Orozco, sorprendiéndolos en estado de ebriedad i derrotándolos por completo.

Adame quedó muerto en el asalto, i García i Orozco se salvaron mediante la oportuna fuga.

Se levantaron ciento sesenta muertos del enemigo, sesenta i cuatro heridos i buen número de armas; se recogieron trescientos caballos i se hicieron cuarenta i seis prisioneros más. El golpe mortal, que los rebeldes proyectaban sobre Chilpancingo, residencia de los Poderes del Gobierno Constitucional, fué totalmente parado con la destrucción de la relativamente fuerte columna rebelde.

Aquí principió un implacable disgusto de Abraham García i sus fuerzas contra el Gral. Blanco.

Sobreentendiéndose la gran importancia del triunfo del general Blanco en Tecoaapa, sólo hacemos pública su magnanimidad para con los vencidos. En efecto, no obstante tener facultades para fusilar a los prisioneros, que tenían sólo el carácter de salteadores, después de la toma de la plaza los mandó formar i, perorándoles sencillamente, les dijo: *Muchachos, los perdono, pero prométanme, antes, no volver a empuñar las armas para pelear por Zapata contra el Gobierno del señor Madero.* I emocionados por el perdón i por la gratitud, aquellos hombres balbutieron (i después cumplieron fielmente) una promesa de lealtad al Gobierno del Presidente demócrata, quedándose la mayoría con su salvador i yéndose los restantes a sus hogares para reanudar sus abandonados trabajos habituales.

De Tecoaapa, pasó el jefe Blanco a San Luis Allende i al Paso de Quetzala (Costa Chica), donde sostuvo, con éxito, diversos combates contra los zapatistas, mandados por distintos cabecillas, i obtuvo rendiciones en número total de cua-

trocientos hombres, cuyas armas fueron distribuidas entre los revolucionarios leales de San Marcos, Tecoaapa i la Palma.

Terminadas estas campañas, el general Blanco regresó por Dos Caminos a Chilpancingo i dió cuenta de ellas al Cuartel General, habiendo después estado varias veces, transitoriamente, en dicha capital con asuntos del servicio.

El contumaz Silvestre G. Mariscal

Durante los últimos hechos de armas del señor general Blanco, el cabecilla Mariscal bajó a Atoyac, bien armado i pertrechado, del Estado de Morelos, hasta donde la prudente política del señor Gobernador, (1) don Francisco Figueroa, había logrado hacerlo ir, en virtud de fundadas quejas elevadas por varios pueblos de la Costa Grande contra el aludido cabecilla, cuya presencia era insostenible. Este, que, tomando por norma a algunos viejos caciques del porfirismo se ha propuesto con buen éxito para sus ambiciones, imperar sólo él en el Estado, especialmente en todo el litoral, a la llegada a su pueblo atacó i sitió inesperadamente, con sus tropas i las que violentamente levantó el cabecilla Julián Radilla, el cuartel del mayor maderista Perfecto Juárez i Reyes, que era el Jefe de las Armas en la región de la Costa con nombramiento de la Secretaría de Gobernación, i que sólo contaba con cien hombres mal armados i municionados. Juárez i Reyes, después de varios días de sitio, en que salió herido de una pierna, se rindió por falta de parque, por hambre i por sed, i el naciente cacique Mariscal lo dejó morir sin curación, asesinando, además, al valiente capitán Florentino López, así como a varios oficiales i soldados, cuyos cadáveres fueron despojados i arrastrados ferozmente de las barbas. Antes de su llegada, los sitiadores asesinaron algunos hombres en la Sierra de Atoyac i durante el sitio incendiaron varias casas de pacíficos ciudadanos.

Es de advertir que la permanencia del mayor Juárez i Reyes en Atoyac, se debió al acatamiento de órdenes superiores que había recibido del señor Gobernador Figueroa, para dar garantías a toda la región de la Costa Grande, a la vez que para cumplimentar peticiones de las autoridades locales, a fin de dar el condigno castigo a más de cien soldados de Mariscal, que cometían un sinnúmero de hechos delictuosos, en distintas poblaciones i campos del Distrito de Galeana.

El Cuartel General de Chilpancingo, por conducto del se-

ñor general Blanco, hizo reconcentrar, de la región en que operaban, a los jefes Gómez i Villegas, ordenándoles en seguida marcharan violentamente a reprimir con sus fuerzas los desórdenes provocados por las que, a las órdenes de Mariscal, habfan bajado a Atoyac; pero este cabecilla partió inmediatamente para México, con el delegado José Cíntora, que se le había enviado de Acapulco para reducirlo políticamente al orden. Entonces el mismo Cuartel General nombró Jefe de las Armas, en sustitución del finado mayor Juárez i Reyes, con matriz en Técpam, al jefe Tomás Gómez, quien puso desde luego destacamentos en Coyuca de Benítez, San Jerónimo de Juárez, Hacienda de San Luis, i después en Atoyac.

Temporada Felixista.

Transcurrió el tiempo.

Un iluso, un adorador del pasado, procedente de uno de los puertos del Norte del litoral del Pacífico, saltó un día en Acapulco, casi de incógnito, i habló en uno de los ángulos del jardín público con el Capitán Victor R. Mena i otras personas cuyos nombres no recordamos, conferenció algunas horas después con el mismo Capitán a bordo largamente i continuó su ruta para Salina-Cruz: era el ex-Brigadier Félix Díaz.

El Comandante Militar de la plaza ex-Coronel federal Emilio Gallardo, a cuyas órdenes estaba el Capitán Mena, no se había movido para nada. ¿A qué tanto retraimiento con su superior gerárquico?

El ex-Brigadier Félix Díaz había desempeñado en el puerto de Acapulco el papel de ignota ave de paso (de mal aguero). ¿Por qué? Los subsecuenses acontecimientos nos lo dicen con claridad meridiana.

El Capitán Mena era amigo del cabecilla Mariscal que ya odiaba al Gobierno del Presidente Madero por las razones que adelante se expresan, i dicho cabecilla, que a la sombra de la revolución maderista, halagando las malas pasiones del populacho de su comarca i procediendo como queda dicho en páginas anteriores había levantado parte de la Costa Grande, era indudablemente el hombre a propósito para algun complot tramado a bordo i en tierra firme.

El paso de Félix Díaz por Acapulco fué un acontecimiento que para el vulgo pasó desapercibido, pero para algunas personas fué mui notoria su conducta reservada i misteriosa.

Por esta época, el cabecilla Silvestre G. Mariscal estaba for

malmente preso en uno de los calabozos de la Fortaleza de San Diego, como resultado de diligencias judiciales practicadas por el Juzgado de 1.ª Instancia de Técpam de Galeana. Exhortado i aprehendido en México, hasta donde anteriormente lo había hecho ir D. José Cíntora, fué conducido debidamente escoltado hasta Manzanillo, permaneciendo dos meses en la cárcel del lugar i siendo oportunamente remitido por agua a Acapulco, donde se le internó en un calabozo como queda dicho i se le puso a disposición del Juez respectivo, por los incendios y crímenes cometidos en Atoyac i lugares comarcanos, durante sus indicados ataques al Mayor maderista Perfecto Juárez i Reyes.

Después del indicado paso de Félix Díaz, el tratamiento recibido por el reo Mariscal mejoró notablemente i aun pudo conferenciar repetidas veces con su fiel cómplice i subalterno Julián Radilla i otros en la propia fortaleza, preparando en ese modo el movimiento rebelde que más tarde tuvo lugar. Lo anterior fué público y notorio, así como la entrada de parque en damajuanas i barriles, al pueblo de Atoyac.

Es inconcuso que los expresados elementos ex-federales veían en Félix Díaz la vuelta del militarismo, del cientificismo i del clericalismo, al poder, i en el reo Silvestre G. Mariscal, un elemento valioso de opresión. Este, pues, a semejanza de Néstor Adame, pero con menos suerte en cuanto a la prontitud de su deseada libertad, principió a desconocer en esa forma al Gobierno del Presidente Madero i atacó más tarde la causa popular.

En efecto, pasados los días i los meses, la hidra de la reacción asomó atrevidamente sus testas en el primer puerto del Golfo de México con el pronunciamiento del expresado ex-Brigadier Félix Díaz, i los cómplices i agentes de Mariscal no tardaron en producir en la Costa Grande el movimiento sedicioso encabezado por el mismo Radilla contra el Gobierno Constitucional de la República.

Pronunciado Julián Radilla, atacó intempestivamente, una noche, i sitió con cien hombres, confabulado con un cacique de Técpnam, la guarnición de quince soldados que el Jefe de la Zona tenía destacamentados en dicha ciudad, apoderándose, por fin, de la plaza, después de que la guarnición rompió el sitio del cuartel. (Es de notar que estos quince soldados no eran sino quince jovencitos que, abandonados por su jefe don José María Reyes a la hora del peligro i después de haber perdido en las primeras descargas al corneta, que era el único hombre de edad que los acompañaba i dirigía, sostuvieron el fue-

go toda la noche, desde los naturales parapetos del cuartel, con una bravura, entusiasmo bélico i una decisión inusitadas rompiendo el sitio intrépidamente al amanecer i salvando sus armas i su honor. El vulgo i la opinión pública les llamó, después: LOS CHAMACOS HEROICOS.”)

El Jefe de la Zona i su segundo, Manuel Villegas, tenían divididas o sea de guarnición como queda dicho, sus fuerzas en los puntos antes mencionados, i el Comandante Militar de Acapulco, ex-coronel federal don Emilio Gallardo, no permitió la reconcentración de ellas en Técpan, para sofocar inmediatamente la naciente rebelión, por lo cual ésta prosperó, tomó grandes proporciones i derrotó sucesivamente a todos los destacamentos leales. Y la felixista revuelta local llegó a tomar tal incremento, que después de la dispersión de las guardias i de los progresistas capitaneados por Estanislao Salinas, en el ataque a Coyuca de Benítez, fueron sitiados en Técpan con más de mil hombres que ya capitaneaba Julián Radilla, los jefes Gómez i Villegas, los cuales, después de luchar heroicamente toda una noche i un día, al frente de un centenar de soldados aguerridos, contra los sitiadores, rompieron el sitio por el cerro de la Mira i se reconcentraron, ya sin parque, a Acapulco, quedando los felixistas dueños de la situación en la Costa Grande.

Entonces fué cuando el nuevo Comandante Militar, ex-coronel federal Leopoldo Díaz Ceballos, por orden superior, movilizó sobre Atoyac parte del 30o. Batallón de línea, a las órdenes del entonces teniente coronel Ponciano Benítez, i otra parte del mismo Cuerpo salía de Chilpancingo al mando del Mayor Rafael Vega (nombrado Prefecto de Técpan por el C. Gob. Lic. Lugo) i de su hijo Efrén, a la vez que el ciudadano Presidente Madero hacía marchar violentamente sobre el mismo pueblo por Zihuatanejo i Técpan de Galeana, parte del 13o. de infantería, al mando del ex-coronel federal Fidencio González. A su vez, el general Blanco, por acuerdo del Cuartel General de Chilpancingo, envió sobre los alzados a su bravo capitán Miguel Serrano, con ochenta hombres escogidos. I todos, en combinación, emprendieron las operaciones en los alrededores de Atoyac i, después, en el propio seno del pueblo.

Los combates se efectuaron día a día, noche a noche, contra un enemigo invisible que, misteriosamente bien parqueado, se batía tenazmente, parapetado en los pedregales o en el interior de los edificios del pueblo i desde la copa de las pal-

meras que circundan la población. Los citados jefes defensores del Gobierno, que ocupaban el centro de la plaza, dada su condición, así como la escasez absoluta de alimentos en un pueblo completamente enemigo, no menos que por el mortífero fuego que hacían los rebeldes desde sus posiciones, i desde las puertas i los techos de las casas de los suburbios, convertidas en baluartes, llegaron a perder la moral i a intentar la evacuación de la plaza. En tal conflicto, i teniendo prácticos conocimientos topográficos del lugar, el capitán Miguel Serrano, apoyado por los suyos, se opuso respetuosa, pero enérgicamente a los designios de los aludidos jefes, infundió confianza en los cuarteles, reanimó a la tropa federal i tomó la resolución heroica de luchar hasta morir por la causa del pueblo, de que era el alma el señor Madero. Así, pues, dispuso el plan de combate, puso a la cabeza de sus valientes voluntarios i con los intrépidos Vega emprendió bizarramente el asalto general a todas las posiciones del invisible enemigo, incendió, como urgentísima medida extrema, las casas-parapetos i desalojó i derrotó al enemigo, que precipitadamente huyó a la desbandada hasta los más espesos bosques.

En tanto, el reo Mariscal, por gestiones del señor licenciado Aurelio Velázquez i del coronel Martín Vicario, salía en libertad de la Fortaleza de San Diego, bajo la fianza del entonces insolvente Domingo González i de don Gumesindo Lobato, i esto a pesar de que la Suprema Corte aun no resolvía el amparo solicitado por el reo contra actos del Juez de Técpam i de que el Presidente Madero no pudo concederle el indulto por los crímenes que sobre dicho reo pesaban. Retardando el cumplimiento de órdenes de la Justicia, el ex-coronel Gallardo lo salvó, i así fué como el mismo reo salió de Acapulco i se dirigió violentamente a la Costa Grande, donde se unió con los rebeldes para impulsar el movimiento contra el Gobierno Constitucional de la República.

Cuando el eminente caudillo señor Madero negó el indulto i se dictó la orden de ejecución del reo, toda la sociedad honrada de la Costa Grande lo aclamó su benefactor i lo bendijo por tan elevado acto de justicia.

Las tropas operadoras recibieron de la Comandancia de Acapulco, a cargo de Díaz Ceballos, orden para evacuar la plaza de Atoyac, que acababa de tomar a sangre i fuego el bravo capitán Serrano, con los valientes Vega, orden que fué cumplida inmediatamente, reconcentrándose las

tropas de línea a Acapulco i quedando otra vez dueños de la situación en toda la Costa Grande los cabecillas Julián Radilla, Pablo Vargas i, por último, el reo de muerte, Silvestre G. Mariscal.

El vencedor e intrépido capitán Miguel Serrano se retiró también con sus valientes, pero quedó desde entonces sentenciado a muerte por los traidores, los cuales acaban de fusilarlo en Acapulco, con la nota infame de BANDIDO (día cinco de agosto de 1915.)

Una de las promesas del reo Mariscal para obtener su libertad caucional fué la de ir a pacificar a Radilla i sus correligionarios, pero una vez en la Costa Grande, hizo precisamente lo contrario, como queda dicho. Allí estuvo reunido poco después con Juan Andrew Almazán, Abraham Garcia, Martin Vicario, Aurelio Velázquez, otros correligionarios i las tropas respectivas.

Por esta época acontecía el cuartelazo de febrero de 1913,